



Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

IDH | Instituto del Desarrollo Humano - Área Política

Documento

19

**Democracia y República: breves notas
sobre el (no) debate presidencial**

Ariana Reano

Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

Documento
19

Democracia y República: breves notas sobre el (no) debate presidencial

Ariana Reano

Democracia y República: breves notas sobre el (no) debate
presidencial..... 3

Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

Documento

19

Democracia y República: breves notas sobre el (no) debate presidencial

Ariana Reano

El domingo 13 de septiembre se desarrolló la primera parte del debate entre los candidatos a presidentes para las elecciones que se sustanciarán el próximo 27 de octubre en nuestro país. Tanto durante las horas previas al evento como los días posteriores, mucho se ha dicho en los medios de comunicación orales y escritos acerca del formato con el que estaba diseñado el debate. Por un lado, se hizo hincapié en algo que era obvio: que aquella escenificación no estaba pensada como un espacio de intercambio de ideas, de contrapunto entre las propuestas de los candidatos y de la posibilidad de interrogar y responder, vale decir, que no se trataba de un verdadero debate público. Y efectivamente se trató de una exposición sumamente acotada de temas (salud, educación, economía y finanzas, género y derechos humanos) que por su dimensión y relevancia hubieran merecido casi un debate por tema y no un minuto y algunos segundos más para cada ítem como si se tratara de la promoción de productos en comercial televisivo.

Por otro lado, y ya sustanciado el evento, los análisis de los medios se focalizaron en la dimensión gestual: el “dedito” de Alberto Fernández ocupó minutos en TV, líneas de periódicos y espacios en las redes sociales (memes incluidos) y en menor medida el pedido de minuto de silencio por la situación de Ecuador y el puño en alto con el pañuelo verde que exhibió Nicolás del Caño, fueron los principales destacados en este punto. Sobre el contenido se dijo bastante menos, o menos interesante. Hubo quienes se ocuparon de verificar si los datos que brindaron los candidatos, por ejemplo, respecto al peso de la deuda sobre el PBI, o el porcentaje de la reducción en el presupuesto para ciencia y tecnología eran o no ciertos. Otros se ocuparon de destacar lo incómodos y “deslucidos” que aparecieron algunos candidatos, de los que supuestamente “se esperaba más” (es el caso de Roberto Lavagna), o bien de apuntar que el candidato Juan José Gómez Centurión no cumplió con la regla del tiempo asignado en ninguno de los bloques temáticos. Cabe destacar, que casi nada se dijo sobre el contenido de las palabras del presidente y candidato Mauricio Macri sobre todo en lo que hace a la veracidad o falsedad de lo dicho sobre los logros de su gestión. Como tampoco de los señalamientos realizados a este respecto por Fernández recurriendo a frases tales como “yo no sé en qué país vive usted Presidente”, “no sé de dónde saca esto Presidente”, “el presupuesto educativo cayó desde 2015 hasta hoy un 40%. En ciencia y tecnología cayó un 43%. Si ve ahí el futuro, presidente, sería bueno que apueste un poco más”. En todo caso, el ojo estuvo puesto en confirmar lo certero de las cifras y no en recuperar el sentido político de lo que implica invertir o desfinanciar un área de gestión.

En esta misma calve, casi no hubo repercusiones sobre la posición del candidato Espert sobre el arancelamiento de la universidad pública o sobre su propuesta de terminar con el “curro de los derechos humanos”, no sin antes juzgar a la subversión de los años 70.

Tampoco se dijo mucho sobre algunas de las –pocas, por cierto– propuestas que aparecieron en el ejercicio de exposición pautada, y menos aún de las respuestas que, aunque generales y breves, algunos dieron (o no

dieron, dado que la omisión también es una forma del decir) cuando fueron aludidos. Pienso por ejemplo cuando José Luis Espert le pregunta a Fernández si no le parece una desproporción pensar en la creación de un Ministerio de la Mujer en el marco del déficit del Estado que se vuelve imperioso reducir. A lo que Fernández responde: “no me preocupa tanto el gasto público cuando se trata de ampliar derechos. Cada vez que la Argentina amplió derechos hizo una mejor sociedad”. O cuando Lavagna reivindica su lectura del hambre en la Argentina en clave de la lucha actual por derechos humanos, en una re-significación del sentido de los derechos humanos y una clara omisión respecto de la temática en clave de memoria o reparación histórica. Ninguna reflexión ameritó el sentido de los derechos y el rol del Estado que, aunque de modo escueto, pusieron sobre la mesa en ambas posturas.

Hasta aquí, y con este breve resumen podemos coincidir con la apreciación según la cual el debate se pareció más a una exposición de productos, contribuyendo al avance de la visión empresarial sobre el espacio público y al individuo pasivo por sobre el ciudadano comprometido, tal como sostiene Ezequiel Adamovsky en su ensayo “Un debate presidencial no es una góndola de candidatos” publicado en *Anfibia*.

La segunda parte del debate presidencial se sustanció el domingo 20 de septiembre, bajo las mismas condiciones y formato que el anterior. Quizá, a diferencia del primero hubo un mayor tono acusatorio entre los dos principales candidatos que lideran las encuestas y que salieron en primer y segundo lugar en las PASO del 11 de agosto pasado. Casi todos los temas de esta segunda etapa (seguridad, empleo, producción e infraestructura, federalismo, calidad institucional y rol del Estado, desarrollo social, ambiente y vivienda) estuvieron atravesados por esas acusaciones. En el caso de Macri, hacia la herencia recibida en clave del desmantelamiento de las estadísticas, al avance del narcotráfico (al menos en dos oportunidades el candidato asoció al kirchnerismo con el “negocio de la efedrina”), a los altos índices de corrupción en la obra pública, al disciplinamiento a los gobernadores (“látigo y billetera”, fue la forma en la que Macri se refirió a cómo el kirchnerismo manejó la cuestión del federalismo). En el caso de Fernández la acusación se dirigió a la herencia que recibirá en caso de ser electo presidente: focalizó nuevamente en los índices de pobreza y de hambre, al sobreendeudamiento, así como también en el fracaso de los créditos UVA y de la política de vivienda del gobierno nacional cuando se abordó el tema de vivienda. Una cuestión a destacar es que el tono acusatorio de Macri se organizó en clave nosotros/ellos. Ellos (el kirchnerismo) “son los mismos de siempre”, “ellos son así”, “no cambian más”, “no les creo nada”, “nosotros somos distintos”. Mientras que Fernández, al igual que lo hizo en la oportunidad anterior todo el tiempo le habló al presidente, individualizando la responsabilidad de sus decisiones (a lo sumo agregó a los amigos del presidente o a su familia, cuando se trató de señalar los casos de corrupción de la gestión actual en clave de “incompatibilidad de intereses”), pero en ningún momento se dirigió a Cambiemos como coalición gobernante.

Tanto Lavagna como Espert sobresalieron en esta oportunidad como los candidatos que hicieron propuestas concretas dentro de lo que el tiempo acotado se los permitió. Lo sintomático que es que ambos aparecieron, sin aludirse directamente, a propuestas claramente opuestas sobre los mismos temas. Solo a modo de ejemplo, allí donde Espert propuso eliminar la coparticipación para que “cada provincia se arregle con lo que pueda recaudar”, Lavagna sostuvo cambiar la ley de coparticipación de modo de reducir desequilibrios y desigualdades que existen entre las provincias.

Al igual que ocurrió en el debate anterior, Espert y Gómez centurión compartieron posicionamientos, en este caso sobre la política impositiva (la necesidad de eliminar impuestos) y la insistencia en el sobre-dimensionamiento de la estructura burocrática del estado que requiere urgentemente de su reducción, así como también de la necesidad de eliminar los planes sociales. Ambos dignos de compartir boleta.

Del Caño por su parte, además de insistir en los temas claves que forman parte de la agenda del frente de izquierda como la defensa del medio ambiente, el no pago de la deuda externa y el apoyo a la lucha de los trabajadores, los jóvenes, las mujeres y los jubilados esta vez fue quien más se destacó por señalar y desmentir directamente algunas de las cuestiones a las que hizo alusión Macri. Mucho más directo e incisivo que el resto (podría decirse que le hizo parte del trabajo a Fernández), del Caño fue el primero en advertir las consecuencias negativas de los créditos UVA para quienes hoy no pueden pagarlos, pero fue sobre todo el que, en el tópico de “calidad institucional”, señaló las contradicciones de un presidente y un gobierno que hace gala de su republicanismo, cuando señaló el fraude al Estado a partir de la causa Correo Argentino,

el aval al ingreso en el blanqueo de capitales de familiares y amigos del presidente, y la sustanciación del acuerdo con el FMI sin pasar por el Congreso de la Nación.

Pero me interesaría centrarme en estas líneas sobre otra cuestión que fue resaltada sobre todo por periodistas y algunos políticos profesionales: el (supuesto) carácter democrático y republicano del debate público. O, mejor dicho, la reivindicación del debate público (en este caso bajo el formato del debate presidencial) como la expresión del carácter republicano de la democracia dado lo mucho que el debate presidencial ayuda a la “calidad democrática en nuestro país”.

La tradición republicana contemporánea, recupera la deliberación y el debate público, el intercambio de ideas y de información y la capacidad de persuasión que pueda suscitar dicho intercambio para pensar la dinámica de las democracias contemporáneas frente a una concepción de la democracia, más liberal, si se quiere, asociada casi exclusivamente al ejercicio del acto electoral y la dinámica de la negociación (la rosca política, digamos). La vertiente republicana que reivindica el debate entiende a la democracia de otro modo: piensa que la democracia supone una dimensión participativa de una ciudadanía colectiva comprometida con los asuntos públicos y de una clase política que delibera (en espacios más o menos institucionalizados) y decide (cuando gobierna) sobre dichos asuntos. Pero también es cierto que ciertas relecturas contemporáneas sobre el sentido del debate público han tendido a pensarlo como un diálogo racional que supone el intercambio de argumentos igualmente racionales y que debería (inexorablemente) derivar en la construcción de un consenso universal sobre el sentido de aquél bien común. Ahora bien, esta lectura en clave de “diálogo consensualista” (*a la* Habermas, podríamos decir) omite otra lectura republicana que podría hacerse del debate público: una que, inspirada en el republicanismo clásico (por ejemplo, el del Maquiavelo de los *Discursos...*) recupere y reivindique el carácter conflictivo de la política. En esta clave, bien podría pensarse a la deliberación que se supone debería haber expresado el debate presidencial, antes que como un mero intercambio de ideas, como la instauración de ciertas disputas sobre la sociedad que deseamos, o mejor, sobre cierta idea del “bien común” sobre el que deseamos que nuestra sociedad se construya. Como señalamos antes, el “formato” se ocupó de opacar el sentido republicano del debate, tanto en su versión “consensualista” (el consultor Raúl Timerman destacó, por ejemplo, que no hubo espacio para que los candidatos pudieran “acordar sobre 3 o 4 ejes que se comprometieran a defender como política de estado”, aunque algo de esto parece haber tomado nota Lavagna, pues fue quien en el segundo debate destinó su cierre para proponer 3 ejes para un acuerdo mínimo entre las distintas fuerzas políticas), como en su versión “conflictivista” (dado el peligro que éste supone para lograr la tan mentada unidad nacional y a la asociación directa que los analistas suelen hacer entre la instauración de una disputa política y el rasgo autoritario de quien/es instauran dicho conflicto). Si bien, la segunda instancia del debate estuvo atravesada, como decíamos, por un mayor tono acusatorio, sostener que en esta instancia hubo más debate porque hubo más acusaciones directas parece, cuanto menos, un tanto excesivo. Acusar no es lo mismo que debatir, así como dialogar no es igual que conceder. El conflicto republicano es mucho más complejo en la medida en que atañe a proyectos políticos que expresan un modelo de sociedad.

Por momentos (es cierto, solo por momentos) asomaron algunas ideas y contrapuntos que pueden darnos indicios sobre el proyecto de sociedad que cada candidato expresa, generando algunos contrastes en relación al rol del Estado, la concepción de los derechos humanos, la perspectiva de género, el modelo económico y el plan para salir de la crisis y la perspectiva sobre la salud y la educación pública, entre otros temas. Pensado así, el debate presidencial podría ser rescatado como una de las expresiones del debate público donde las articulaciones discursivas hicieron visibles un conjunto de sentidos que deberían permitirnos pensar qué horizonte de expectativas nos ofrece el proyecto de sociedad que ellas expresan y si efectivamente queremos formar parte de él. Claro, eso nos exige a nosotros como ciudadanos el esfuerzo de una lectura y escucha atenta y sobre todo de una reflexión crítica que no provenga solamente de los debates televisivos, sino que también sea capaz de articular experiencias y memoria colectivas en la disputa por el sentido de la sociedad en la que creemos. La república y la democracia también se juegan en ese ejercicio de responsabilidad ciudadana.